

La educación
como recuerdo vivo
en la **HISTORIA**
DE VIDA

*Testimonios en el Marco
del Día de la Educación*

24 de enero





Gobierno de
México



Educación

Secretaría de Educación Pública

DIRECTORIO

Mario Delgado Carrillo
Secretario de Educación Pública

Tania Rodríguez Mora
Subsecretaria de Educación Media Superior

Virginia Lorenzo Holm
Coordinadora Sectorial Académica

Delia Carmina Tovar Vázquez
Dirección de Innovación Educativa y Desarrollo Curricular

José Alberto Fuentes Rosales
Director de Formación, Actualización y Capacitación de Maestras y Maestros

Colaboración y autoría

Adriana Mendoza Alvarado

Alejandro Piñón Méndez

Alberto Ismael Castillo López

Brenda Rebeca Tapia Aguilera

Claudia Guízar Vargas

Enrique Lira Fernández

Mónica Valdez González

María Fernanda Martínez Villegas

Martha Eugenia Guerrero García

Virginia Penélope Montoya Montelongo

Diseño gráfico

María del Rosario Sámano Estrada

Presentación

Con motivo de la conmemoración del Día de la Educación, la Coordinación Sectorial Académica (COSAC), comparte una serie de testimonios que dan cuenta de experiencias, recuerdos y anécdotas atravesadas por sentimientos de cada persona en el bachillerato como trayectoria académica, humana, única y profundamente significativa.

A través de este material, se busca recuperar voces, memorias y reflexiones que permitan reconocer el papel de la Educación Media Superior en la construcción de proyectos de vida, así como su impacto educativo y social que tuvo lugar en un aula, un plantel, un servicio educativo y un estado, lo que permite visibilizar los diferentes contextos, situaciones y cotidianidades que aún tienen eco en las comunidades estudiantiles.

Con esta iniciativa, la COSAC reafirma su compromiso con la educación en el Bachillerato Nacional como un espacio de formación integral, memoria colectiva y transformación social, reconociendo que las experiencias vividas en las aulas son atesoradas por todas y todos.



¿Por qué es **importante** **el 24 de enero** **día de la educación?**

Es un esfuerzo compartido que nos recuerda la importancia de preservar los espacios de convivencia y comunicación que han habilitado la generación tanto de conocimiento como de diálogo, en nuestro caso mediante una recopilación de experiencias que se presentan desde la perspectiva de estudiantes que transitaban la Educación Media Superior, pero ahora interpretado desde el lugar en que se sitúan. Proclamado en 2018 por la ONU y con un enfoque de inclusión, calidad, empoderamiento y sostenibilidad, el día internacional de la educación busca celebrar los logros alcanzados y recordar el camino que queda por recorrer.



Fuente: Archivo fotográfico COSAC.

¿Qué encontrarás?

Historias breves contadas de viva letra por quienes comparten cómo fueron sus días en el bachillerato, entre amigos, docentes, clases, espacios y momentos que, aunque resumidos, colocan al centro la educación recibida.

Su voz cuenta, porque el Bachillerato Nacional se concibe como un espacio en el que sus ideas, palabras y propuestas son acompañadas con una red a través del soporte institucional.

Piensa y comparte: ¿Qué experiencia contarías hoy 24 de enero Día de la Educación?



Lo que más recuerdo de mi bachillerato era el deseo de conocer y mirar el mundo, crecí en mi pequeño Cd. Hidalgo, Michoacán, la antigua Taximaroa, puerta del imperio purépecha, un lugar tan bello que muchas veces las preguntas sobran. Pero para una chica con preguntas existenciales, el bachillerato fue el inicio de aprender a ver.

Atesoro esas pláticas con mi mejor amiga Karen, escuchaba un sinfín de preguntas, me veía con atención, con esos ojos verdes únicos, enormes del asombro y decirme “Háblalo con Jaime” y al final solo reíamos.

El profesor Jaime impartía filosofía y generaba confianza para hacer ciertas preguntas “¿existe Dios?, ¿la felicidad es algo a alcanzar o una imagen falsa del mundo?, ¿cuál es mi misión en la vida?, ¿vale la pena vivir?”

Por ello, mis mejores recuerdos son estos, el regalo más bello que tuve: la posibilidad de pensar.

Autora: Adriana Mendoza Alvarado

Desde mi educación básica, tuve la fortuna de tener el acompañamiento de mi padre, lo cual contribuyó a tener un buen desempeño académico. Sin embargo, al ingresar al bachillerato, una escuela nueva, me enfrenté a la complejidad de la diversidad de contextos socioeconómicos: la mayoría de mis compañeros parecía pertenecer a una clase social más privilegiada.

Durante los primeros meses viví una sensación de discriminación y aislamiento, ya que no contaba con las capacidades socioemocionales necesarias para poder integrarme. En ese momento, ni siquiera podía nombrar en qué consistía el déficit que tenía. Todo el tiempo tenía sensaciones de autojuicio y de depresión.

A pesar de eso, poco a poco fui encontrando amigos a los que esas diferencias socioeconómicas no les

Fuente: Archivo fotográfico COSAC.



(Mis amigos, algunos años después de terminar el bachillerato)

importó, lo que me brindó protección y una pequeña red de apoyo. Con el tiempo y con el respaldo de este grupo, logré integrarme mejor a la dinámica compleja y diversa de la escuela. Al final, mi paso por el bachillerato no se definió por los conocimientos aprendidos, sino por el proceso de comprensión de mis capacidades socioemocionales, de mi integración en un entorno de contextos socioeconómicos muy distintos y por la importancia de la compañía de mis amigos.

Autor: Alberto Ismael Castillo López



Fuente: Archivo fotográfico COSAC.

Realicé mis estudios de bachillerato en el CBTIs No. 94 de Pátzcuaro, Michoacán, una institución que marcó significativamente mi historia y donde mis sueños se comenzaron a materializar. Allí cimenté las bases de mi vida personal y académica, encontrando grandes amigos, a quien posteriormente se convertiría en mi compañera de vida y la certeza de mi destino profesional: la tecnología digital. Fue en esta etapa donde obtuve mi título como Técnico en Informática Administrativa, logro que me abrió las puertas a

mi primer empleo formal en una institución financiera, permitiéndome ejercer tempranamente en el área de mi formación.

Guardo un profundo reconocimiento hacia mis maestras y maestros, figuras que se convirtieron en mentores esenciales. Su labor fue mucho más allá de la instrucción académica; nos ofrecieron orientación y certeza frente a los retos del futuro y el mercado laboral, despejando las inquietudes que nos acompañan durante la juventud.

Autor: Alejandro Piñón Méndez

El recuerdo más nítido que conservo de la clase de Taller de Lectura, Redacción e Iniciación a la Investigación Documental es sobre una clase en la que yo estaba sentada en uno de los últimos lugares de la primera fila del salón. Éramos más de cincuenta estudiantes. La primera actividad de la clase fue sentarnos en equipos y escuchar las historias de los otros integrantes, para designar a quien contara la mejor de cada equipo. Ahora entiendo que este ejercicio era una forma de llevar a cada estudiante a explorar su creatividad y al mismo tiempo servía a la maestra como evaluación diagnóstica.

La mejor historia fue la de un compañero que relató con profunda seriedad y casi todavía asustado el haber estado en un cerro para llevar a cabo un ritual de santería. Precisaba muchos detalles, pero para no alargar este recuerdo, dijo que lo llevaron al monte y dentro de una cabaña le presentaron un cofre que contenía dos cabezas. Luego de una pausa prolongada, mencionó que una era de ajo y otra de cebolla. El ánimo en el salón cambio instantáneamente de la tensión a la carcajada. Ahora que lo pienso, ese espacio de la clase de lectura fue importante para mí porque representaba un lugar en el que nos podíamos expresar sin temor a ser recriminados, mientras aprendíamos entre risas y en un entorno de complicidad.

Autora: Brenda Rebeca Tapia Aguilera

Fuente: Archivo fotográfico COSAC.



Después de haber pasado once años en una escuela privada –preescolar, primaria y secundaria- de la que nunca terminé por sentirme parte, ingresar a una PREFE- CO significó un cambio radical en mi relación con lo que hasta ese momento había entendido por “asistir a la escuela” y la amistad.

En su afán por darme la mejor educación, mis padres procuraron alejarme del “adoctrinamiento religioso” y de los “vacíos gubernamentales”, así pues, terminé pasando mi infancia y mi primera adolescencia con promedio de 10 pero sintiéndome rara, aislada y profundamente sola. Todo cambió cuando ingresé al bachillerato y tuve la primera muestra de la riqueza de la educación pública, donde la inclusión y el respeto hacen de la diversidad la mejor herramienta para crear amistad sincera y comunidad, donde aprender viene como un hecho indubitable cuando la pertenencia se vive día a día.

Autora: Claudia Guízar Vargas





Fuente: Archivo fotográfico COSAC.

Mi paso por la Escuela Nacional Preparatoria No. 8, “Miguel E. Schulz”, UNAM, mejor conocida como la prepa de Mixcoac, comenzó con un regalo inolvidable: el 24 de diciembre de 1976 recibí la carta que confirmaba mi ingreso a la ENP No. 8, justo en medio de los preparativos de la cena navideña con mi familia. Desde ese momento supe que mi vida cambiaba: iniciaba mi Educación Media Superior como parte de la comunidad universitaria, ya era oficialmente Puma, con una identidad propia y un sentido de pertenencia que me

acompañan hasta hoy. Hay un dato que llevo tatuado en la memoria: mi número de cuenta 7623087-3, llave que me abrió el acceso a un mundo de conocimientos que hicieron posible concluir una carrera profesional y continuar estudios de posgrado. Ser universitario ha permeado todas las dimensiones de mi vida: la académica, la profesional y la personal; la ENP 8 no fue solo una escuela, sino el punto de partida de mi proyecto de vida.

Por mi raza hablará el espíritu.

Goya, goya ¡¡¡Universidad!!!

Autor: Enrique Lira Fernández

Me gustaba mucho ser parte del grupo de promotores. Nuestra función era apoyar recibiendo a las nuevas generaciones de ceceacheros para que hicieran sus trámites y conocieran el plantel. Oficialmente ese trabajo era solo entre julio y agosto, pero se formó entre nosotros una comunidad que duró más allá de un par de meses, incluso años. A veces solo nos reuníamos para convivir. En esta foto varios traemos nuestra playera de promotores y nos habíamos reunido para hacer un tapete de aserrín para el concurso de ofrendas del día de muertos. Era hermoso, el plantel se pintaba de colores, todo olía a cempasúchil y parecía ser más alegre. No recuerdo si ganamos, pero sí recuerdo que nos turbábamos para apoyar. Unos llegaban y otros se iban, todos querían estar, aunque sea un rato en las horas libres de sus clases.

Autora: María Fernanda Martínez Villegas



Fuente: Archivo fotográfico COSAC.

Me preguntó que me dio el CCH y mi rostro refleja un sinfín de emociones, van las imágenes: un espacio de contención y pertenencia, un ambiente cultural con cine, música, biblioteca, teatro clásico o alternativo del grupo del Centro Libre de Experimentación Teatral y Artes (CLETA) con el “llanero solitario”. Foro de expresión para el debate y el asambleísmo estudiantil y laboral. Interés por cuestionar/me, observar mis dilemas y contradicciones generacionales, ese revoloteo excitante de pensamientos más que la memorización de definiciones.

Vuelvo al CCH, mi espacio seguro. Las discusiones en el salón de clases, sobre todo en materias como Materialismo histórico, Economía, Ciencias Políticas, Filosofía lo hacían muy atractivo. Los talleres de lectura y redacción, un espacio para la imaginación, de las tragedias griegas a las lecturas del boom latinoamericano.



Fuente: Archivo fotográfico COSAC.

En síntesis, el CCH más que contenidos me regaló un método de trabajo, me despertó la curiosidad e interés por indagar, me enseñó a moderar, a dialogar, a debatir, a cuestionar, dudar, tomar distancia crítica de aseveraciones, a relacionarme de manera horizontal, con mis iguales y la autoridad, a valorar el trabajo colegiado. Es más, hasta me capacitó para el mercado laboral por medio de las opciones técnicas.

**Autora: Martha Eugenia
Guerrero García**



Algunos de los recuerdos más entrañables que tengo son del CCH Naucalpan, ese espacio y todas las personas con las que viví esos tres años, moldearon la persona que soy.

Fueron días de muchas primeras veces. Dos memorables, mi primera vocación profesional que pasó inicialmente por la biología, gracias a mi profesor; después, cambiaría por antropología, gracias a otro profesor; y, terminaría en sociología, por supuesto, gracias a una profesora.

Y mis primeras incursiones en la política, a mi ingreso la huelga de 1986 estaba iniciando y con ella mis pininos en el Consejo Estudiantil Universitario (CEU). De este momento tengo grabados muchos momentos icónicos entre debates y aprendizajes, escuchar ideas laberínticas, participar en mesas de trabajo y comenzar una transformación en mi cultura política. Y claro, parte de estos momentos mis primeros amores platónicos, aquellos líderes estudiantiles que después, para fortuna mía, fueron mis colegas en la UNAM.

Autora: Mónica Valdez González



Fuente: Archivo fotográfico COSAC.

Soy orgullosa egresada del Colegio de Bachilleres No. 5 Satélite, en el Estado de México. Fue una etapa que disfruté mucho porque finalmente sentí que podía tener las conversaciones intensas y apasionadas tanto con profesores como compañeros de los temas que realmente me interesaban. La mezcla de personas que había en aquel entonces era muy enriquecedora para mí, porque igual había el grupito de fresas que de rockeros urbanos, de niñas muy aficionadas a la lectura de filosofía y chavos aficionados a los cómics.

Por fortuna, tuve profesores con mucha entrega a su profesión: el profe de Historia de México que nos hizo ver las consecuencias actuales de los hechos anteriores; la profesora de

Economía con su playera zapatista que ya sabía cómo se iba a poner la globalización; el profesor de Derecho Laboral que nos mostró que se deben exigir cosas; las profesoras de laboratorio que hacían que los símbolos de la tabla periódica se transformaran en productos reales; pero sobre todo, la profesora de Geografía que me enseñó los nombres de las nubes.

A veces escucho a las personas quejarse de la variedad de asuntos que se abordan en el bachillerato, y yo pienso que, de no haber sido por esa diversidad, mi pensamiento sería mucho más unidimensional y no podría defender, por ejemplo, la poesía y las ciencias con la misma intensidad.

Autora: Virginia Penélope Montoya Montelongo





Fuente: Archivo fotográfico COSAC.

Cuando se pregunta qué se piensa al escuchar la palabra *educación*, es probable que vengan a la mente imágenes de clases, docentes, escuelas, compañeras y compañeros, nombres de asignaturas, bibliotecas, entre otras. A través de estas representaciones suelen evocarse aspectos concretos de la experiencia educativa. Si bien los testimonios aquí presentados dan cuenta de estos elementos, lo verdaderamente enriquecedor radica en las vivencias, los sentimientos que se despiertan y la identidad que se construye a partir de la experiencia de ser estudiante de bachillerato.

Boletín

La educación como recuerdo
vivo en la historia de vida
*Testimonios en el marco del día
de la educación 24 de enero*

COSAC



Gobierno de
México

Educación
Secretaría de Educación Pública